

EL EMBOSCADO

(Un travestido de la Edad Media)

Rosa Cáceres

El emboscado. (Un travestido de la Edad Media)

© Rosa Cáceres Hidalgo de Cisneros

ISBN: 978-84-8454-784-6

Depósito legal: A-500-2009

Edita: Editorial Club Universitario. Telf.: 96 567 61 33

C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma. Telf.: 965 67 19 87

C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

EL EMBOSCADO

(Un travestido de la Edad Media)

EMBOSCADO: Dícese del hombre que elude sus obligaciones militares en tiempo de guerra.

(Diccionario de la R.A.E.)

Prólogo

El libro que tiene en sus manos, querido lector, le transportará al mundo medieval, mundo que a menudo es desconocido para muchos o parece oscuro. Pero no lo era, tenía sus luces y sus sombras como ocurre hoy día con tantas facetas de la sociedad que no conocemos profundamente. La doble moral era una práctica habitual ya que a los excesos se sucedía el arrepentimiento y si no él, sí el temor a la justicia divina; de ahí que las donaciones a la Iglesia fueran tan frecuentes para asegurarse el perdón eterno.

El título nos sugiere a primera vista una historia distinta a la que realmente nos ofrece, pero la autora ha utilizado los términos con que designa a su protagonista con gran maestría y de este modo nos retrata el fascinante mundo medieval, centrándose en los contrastes: la valentía del guerrero frente a la cobardía del pecador; la riqueza con sus prebendas y la pobreza de los vasallos; la belleza femenina y la rudeza del batallador, el refinamiento occitano y la tosquedad de sus vecinos peninsulares y en este mundo de guerras y escaramuzas no se olvida del lujo de algunos, de los placeres terrenales ni de la simbología de los colores en las vestimentas que no todos podían usar, así estaba legislado desde antiguo: si el negro es el dolor o la locura, el azul representa la fidelidad o el verde, quizás verdegay, el amor; por ello, se contraponen el mundo austero de los monjes al alegre, colorista y divertido de los saltimbanquis y se llega a una tradición que aún se rastrea en el sentido y símbolo que entrañan las flores o las piedras preciosas que tantas pasiones han desatado y desatan

y tantas metáforas han protagonizado en la poesía de todas las épocas y, sin embargo, deben estas últimas sus nombres a la química y la óptica más que a la inspiración literaria.

La admiración a los héroes y mitos y el amor de una madre temerosa, la valentía de unos y la cobardía de otros trazan la trama de esta historia que Rosa María Cáceres, haciendo gala de una gran capacidad didáctica, nos narra con una prosa fluida y con frecuentes aclaraciones de términos o conceptos que pueden ofrecer alguna dificultad.

Es en definitiva una historia de vida y muerte, de fiesta y luto, de sinceridad e hipocresía la que protagoniza nuestro travestido que ha visto transcurrir su vida atezado por el temor y que logra la paz espiritual que le había sido negada tras la expiación de su gran pecado. Dejo, pues, que sea el propio lector quien descubra los avatares que sufre Olivier, dominado por el temor desgarrado de su madre. No desvelaré, por ello, otros pormenores que podrían mermar la intriga que tenemos en nuestras manos y dejo que sea Ud., amable lector, quien los vaya descubriendo a medida que se adentre en la lectura de tan interesante novela.

Pilar Díez de Revenga
Dehesa de Campoamor, abril de 2009

Nota de la autora sobre el tratamiento del tiempo en la novela:

El tiempo en “El Emboscado” es laberíntico, se interna en los pasillo de la casa que es la memoria y visita cuartos oscuros (los episodios de la vida) que de repente se iluminan con la atención-reminiscencia del visitante (Olivier de Salvadrés) que convoca los ya fantasmagóricos escenarios de su pasado y también a los fantasmas de aquellos que los poblaron.

Porque la memoria de Olivier -como todas las memorias que se enfrentan a su postrer ejercicio- es un verdadero laberinto y en sus corredores van, vienen, se entrecruzan los recuerdos y se recorren con otros pasos, más pausados, pisando con lentitud las huellas de otros que se anduvieron con más rapidez y menos reflexión.

Olivier sabe que está a las puertas de sus Postrimerías y lo sabe porque ha trascendido la estrechez de la perspectiva humana sobre las cosas y es capaz de ver a lo largo, ancho y profundo no sólo de su propia biografía, sino de las de muchos otros que constituyeron su paisaje vital y que de alguna forma, más o menos acusada, influyeron en él a través de sus acciones, de sus palabras o incluso de las circunstancias que crearon a su alrededor.

Olivier ya tiene “el pie en el estribo” -como dijera Cervantes-, y desde los lomos del caballo que va a llevarlo a su eternidad, divisa los relieves y las llanuras del camino que han recorrido él y los suyos. Y nos transporta a su mundo pasado, y nos permite experimentar de su mano la suprema clarividencia con que él ha sido dotado al final de su tiempo de peregrinaje

en este mundo, por la infinita misericordia de Dios, que quiere que él perdone, que todos perdonemos. Comprender es perdonar. Por eso es importante saber “quiénes” fueron realmente nuestros compañeros de viaje en la vida.



A veces la cobardía es el mayor de los pecados.

La autora



Preámbulo

Mi vida ha transcurrido en medio del secreto, o mejor diría que el secreto ha gobernado los días de mi vida, hasta ahora incluso. En el momento de escribir estas memorias, la antigua simulación se ha entrelazado de tal forma con los hilos de mi auténtico ser, que ya no sé si soy un viejo o soy una vieja, que espera reconciliarse con su Dios o tal vez con su propio ser. Lo que sí sé con seguridad es que soy una caricatura gastada que se va consumiendo como una tea amortecida o el pabilo vacilante de un candil.

El abad Bonafides me ha ordenado que escriba la historia de mi impostura como penitencia. Bonafides es severo y silencioso, como corresponde a un monje de Cluny. Habla poco, pero sus palabras y razones son enjundiosas. Me impone una penitencia morigerada por la piedad y por el profundo conocimiento que tiene de mi desgraciada existencia y las extraordinarias circunstancias que la acompañaron. El abad es en parte quién fue un día, en su lejana mocedad. Todos somos todavía un poco lo que fuimos a esa edad. Por muy devastadora que sea la senectud, no logra jamás acabar con el meollo de las almas, que siempre son jóvenes, así como son eternas.

Sin embargo, la vejez es ladrona de fuerzas y vigor, y la naturaleza de un anciano no es apta ya para fuertes castigos corporales. Por eso teniendo en cuenta piadosamente mi edad, mis muchos achaques y las flaquezas que me aquejan debido precisamente a mi senectud, Bonafides se ha avenido a que mi penitencia no sea pública, al menos no en cuanto a mi presencia en la iglesia, cubierto -o cubierta, ya no sé cómo he de decir- con un sayal de arpillera y con los cabellos despeinados y agrisados por la ceniza. Esa hubiera sido la contrición notoria, propia para cualquier cristiano que se acusara del pecado del que yo me he acusado ante el confesor. Luego, tal vez, se le exigiría arrastrarse como un gusano en pública humillación, para acabar flagelándose a fin de lavar con sangre el horror de su culpa.

Bonafides tiene en cuenta las causas que determinaron mi pecado, además considera que yo soy de noble sangre, y mantengo con mi fortuna el monasterio que acoge a su orden en mi comarca, mías son las tierras y míos los siervos que las cultivan. Bajo mi poder y señorío están las villas comarcanas y los lugares. Para mí ha habido una penitencia más misericordiosa que ha tenido en cuenta todas estas razones a fin de evitarme la vergüenza insoportable -que me golpearía en pleno rostro- de manifestar ante todos lo que acabo de revelar al abad en secreto de confesión.

Mi afrenta será *post mortem*. Debo escribir la historia de mi vida que será difundida como ejemplo admonitorio cuando yo haya dejado este mundo cruel y duro ante el que hace demasiado tiempo que no he podido mostrar mi auténtico ser.

Me queda el consuelo de que mi vergüenza no se transmitirá a ningún descendiente mío, pues no los tengo, como tampoco tengo deudos o parientes que pudieran sufrir por el escándalo que, sin duda, va a seguir a la difusión de mi relato.

Al monasterio de Bonafides legaré mis tierras y mi fortuna. Se convertirá en un lugar de religión ciertamente rico y poderoso, uno de los mayores de

todo el país, quizás el mayor puesto que he mandado que ya comiencen las obras de ampliación del actual cenobio y que se unan sus pequeñas dependencias a mi palacio, que debe, así, convertirse en abadía en la que pasar mis últimos días inmerso en la oración contrita y en la meditación de las verdades eternas.

El diablo, que siempre está presto a tentar al cristiano con su pestilente soplo, me incita a la malicia de creer que la misericordia que ha mostrado mi confesor no es tal misericordia hacia mi sincero arrepentimiento sino al artero afán de asegurar para su orden la donación en testamento de mis cuantiosos bienes. Quiere el Maligno hacerme caer en el doble pecado de atribuir a mi confesor la avaricia interesada por hipocresía de quien fingiendo amistad leal no busca más que el provecho material. No quiero hacer caso de tales repugnantes sospechas y decido, más bien, acogerme a los sabios consejos de Bonafides que estima que mi historia podrá servir en un futuro de advertencia a los que sientan torcidos deseos y pretendan servirse de la mentira para acceder a ellos.

La cobardía es el mayor de los pecados. Y, si la experimenta un caballero de noble cuna, su sangre queda mancillada por la vergonzosa falta de valor.

La cobardía ciertamente estuvo en el origen de mi pecado, un pecado que asumo por completo y que me niego a cargar sobre otros hombros que no sean los míos, pese a que el propio abad haya señalado la atenuante de otras conciencias poderosas y desviadas que me aconsejaron torcidamente y me empujaron por la senda errónea. No compartiré con nadie más mi culpa y mi responsabilidad en ella. Al menos, que me quede ese rescoldo de valor dentro de mi irreparable indignidad. Soy pecador. Lo digo así, como varón, al fin de mis días. Antes hubiese dicho que era pecadora. Ya no.

Lo repito: soy pecador y acepto mi penitencia. Escribiré cada día hasta que el cálamo se caiga de mis deformados dedos agarrotados y nudosos y el pergamino se manche de sangre y lágrimas que emborronen la tinta.

Si mi historia sirve como penitencia para mi pecado, la escribiré y sufriré por la vergüenza que caerá sobre mi tumba, cuya lápida y figuras dolientes ya se afanan en trabajar los mejores canteros de la región. Sus cinceles de hierro golpean la dureza pétreo para sacar de ella imágenes que la transformen y embellezcan. El ruido del golpeteo del metal sobre la piedra es tan obsesivo como los remordimientos que golpean mi conciencia. Yo también he de trabajar el bloque pétreo de mis recuerdos para extraer de él poco a poco la figura de quien fui, o de quien debí ser.

El *scriptorium* en que trabajaré ya está instalado en un rincón silencioso del patio principal del claustro. Recibe convenientemente la luz del día y de las primeras horas de la tarde y tiene enfrente una bella imagen de la Madre del Salvador, a la que suplicaré todos los días que sea mi Mediadora. Sentada sobre su trono, sobre la puerta de la capilla, me señala -"Janua Caeli" (Puerta del Cielo)- la puerta de la salvación.

Mañana comenzaré mi tarea. Seré humillado por mi propio relato, cumpliendo así la penitencia impuesta por mi confesor. Procuraré por tanto ser lo más fiel que pueda a la verdad de mis recuerdos. Cuento con la ayuda de la inspiración divina. Lo digo porque creo que está actuando en mí la fuerza del Espíritu pues vengo teniendo sueños extraños desde hace ya varias noches, son sueños en que las jornadas de mi existencia se repiten en mi mente con tal viveza que me producen la ilusión de que he retrocedido en el tiempo y vuelvo a transitar los días de mi juventud y mi niñez, con sus escasos momentos de felicidad y sus abundantes momentos de espinoso dolor.

Sea. Sufriré de nuevo cada noche, en sueños y rumiaré mi sufrimiento de día, trabajando en mi *scriptorium*.

En nombre del Salvador y en nombre de Santa María, su Madre. Amén



1 - *Bernat de Salvadrés*

Tierras de Valencia, siglo XI

El cristiano manejaba el azadón con denuedo, como si la vida le fuese en ello, y realmente podía decirse que esa era la verdad. Era un varón fornido, de abultada musculatura. A pesar de su formidable energía, el sudor corría en regueros por su frente y su nariz, llegando a gotear visiblemente por su barba rizada y rojiza.

Un centenar de cristianos que vestían cota de mallas y jubón blanco, ahora sucio de salpicaduras de barro, manejaban la azada como extraños agricultores que destrozaran la huerta en lugar de cuidarla. Y es que, además del gigantesco soldado de la barba pelirroja, otros mesnaderos se esforzaban en romper las acequias para que el agua inundara el campo y los almorávides se vieran obligados a batirse en un reducido frente, lo cual les restaría eficacia y capacidad de maniobra.

Entre los que se afanaban en la tarea de destrucción, estaba quién había concebido en su mente la jugada estratégica.

-El propio Rodrigo Díaz de Vivar maneja la azadadera la voz que corría de boca en boca entre sus soldados.

-Y con la misma pericia que maneja el mandoble -añadían unos y otros con admiración.

En efecto, el Cid Campeador en persona colaboraba con sus hombres, -con más denuedo que ninguno- en

llevar a cabo aquel esforzado trabajo. Sólo el hercúleo mesnadero parecía rivalizar con él en rapidez. A Rodrigo Díaz le llenaba de orgullo la lealtad de sus tropas, la fe ciega con que obedecían sus consignas, aunque no las entendieran en un primer momento. Como ocurría en esa ocasión. El tiempo apremiaba y el Cid no había tenido lugar para arengas ni explicaciones, se había limitado a ordenar romper las acequias, aquella obra de ingeniería huertana que irrigaba las tierras feraces y hermosas, como debieron ser las del Paraíso Terrenal. Parecía un disparate, alguno podía pensar que el burgalés no sabía lo que hacía -ya que era hombre de la estepa castellana y no de tierras levantinas- o bien que sabía demasiado y pretendía tan solo infligir daño y mostrar su poder militar arrasando la riqueza de aquellos cultivos. Pero ni un solo mesnadero dudó en poner toda su energía en cumplir la orden del guerrero de Vivar, porque ninguno dudaba de que se trataba de un genio militar y era su inteligencia de estrategia lo que lo hacía invencible, junto con la fuerza de su brazo -que trabajaba en esta ocasión incansablemente- y la destreza en el manejo de su Tizona, que ahora había sido sustituida por el azadón.

Mientras los cristianos cavaban a marchas forzadas, rezaban a Cristo, pidiendo el amparo de la cruz e invocando también al apóstol Santiago a grandes voces para darse ánimos en la dura y apresurada tarea.

La fe de las mesnadas cristianas en Rodrigo Díaz de Vivar era tan fuerte como la fe que les inspiraba el favor del cielo. El burgalés los había guiado de victoria en victoria con un acierto y un valor que únicamente podía provenir de Cristo Jesús, que lo había designado como su valedor en las tierras ocupadas de Castilla y ahora también en las de Valencia. De esto no tenía duda ni tan siquiera uno solo de sus hombres. Y era esta confianza ciega la que el héroe desterrado por Alfonso VI aprovechaba en sus arriesgadas campañas.

Sus hombres irían tras él aunque los llevase a las más peligrosas tierras fronterizas con la morisma. Bien se lo habían demostrado algunos de ellos siguiéndolo hacía años al destierro, perdiendo por él sus casas respectivas con sus patrimonios anejos. Y luego, los que se le habían ido uniendo poco a poco le habían honrado con igual lealtad.

Mientras cavaban empapados en sudor, el cielo se iba cubriendo de tupidos nubarrones preñados de agua que oscurecieron el disco solar antes de que se ocultara tras la línea del horizonte. La noche descendió súbitamente, merced a la nubosidad, cerniéndose sobre los agotados mesnaderos, más negra que nunca. Ni una sola estrella se podía distinguir en el firmamento, opaco como estaba por efecto de aquella espesa masa de amenazadoras nubes.

Hacía calor, un calor húmedo y pesado, tan insoportable como el agotamiento y la preocupación de saber que los almorávides estaban a la escasa distancia de un tiro de ballesta, y se aproximaban con la intención de atacar a los cristianos. Ya se oían sus voces y el estrépito del avance de su ejército.

Rodrigo y sus hombres aguardaban decididos y fiados en la Cruz de Cristo. La suerte estaba echada y no había vuelta atrás posible. El desenlace se produciría muy pronto: vencer, si la estrategia del Cid daba el resultado apetecido, o luchar hasta la muerte con los almorávides, en cuyo caso, podía ser que salieran victoriosos o que sufrieran una derrota fatal.

Era la noche del 14 de junio de 1094.

De pronto los cielos, en mitad de un fragor horrísono, parecieron abrirse en una incontenible catarata. Una tormenta fortísima descargó sobre Valencia. Los de Wáchilo emprendieron la retirada aprovechando la inclemencia del tiempo pues eran conscientes de la superioridad de las tropas cristianas.

Rodrigo Díaz de Vivar entró en la ciudad el 15 de junio de aquel venturoso año del Señor de 1094. El héroe se estableció en la ciudad del Turia como un rey y generosamente concedió señoríos y tierras a sus mejores soldados. Don Bernat Castellfort obtuvo del que en buena hora ciñó espada el señorío de Salvadrés. Fue el premio a su valor que recibió solemnemente, de las manos del prelado Jerónimo de Perigord, nuevo obispo de la sede episcopal valenciana, recién restaurada gracias al Campeador. El obispo francés bendijo de buen grado la donación del predio y Bernat de Castellfort se convirtió en un próspero señor feudal.

Fue mi antepasado Bernat de Castellfort, ya señor de Salvadrés, el que mandó edificar en un altozano el castillo de Mont Peguelet. Le concedió licencia para edificar una fortaleza el mismo Cid Campeador.

Yo, Olivier de Salvadrés crecí oyendo esta historia familiar, origen de nuestro abolengo.





2 - *Una fiesta*

**Castell de Mont Peguelet. Reino de Valencia.
Un siglo después**

La grasa chisporrotea al gotear lentamente desde la carne dorada del cordero que se asa ensartado en un hierro sobre la lumbre, avivada constantemente por el diligente pinche de cocina, que da vueltas al espetón para que el cordero se cocine parejamente por entero. El mozo recoge la grasa que gotea de la pieza, que va tostándose lentamente, y la vierte sobre ella misma para que quede jugosa. El cordero, ya casi asado del todo, brilla incitando al apetito tanto con su aspecto como con su aroma. A mí, desde luego, se me hace la boca agua.

Es la primera gran fiesta que alcanza a recordar mi memoria, ahora, desde la lejana distancia de mi edad propecta.

Mis inocentes ojos de niño se abren asombrados y alegres ante el ambiente festivo que invade el patio de honor del castillo. Llevo puestas mis calzas nuevas y mi jubón encarnado. Me dejan moverme libremente de un lado a otro, a mi voluntad, pues ningún peligro me acecha en la fortaleza señorial de mi padre, donde todos saben quién soy y con qué enamorado mimo me protege mi madre, la noble señora condesa, esposa del muy honrado conde Raymond de Salvadrés, Señor de Nodestay y de Mont Peguelet, de la estirpe de Bernat de Salvadrés, que combatió gloriosamente junto al mismísimo Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador,

cuando reconquistó las tierras de este hermosísimo Reino de Valencia.

Tengo ya ocho años y desde que mis recuerdos alcanzan he oído cantar las hazañas de mi abuelo paterno, modelo propuesto a los ocho hermanos, varones todos, que formamos la descendencia de mi padre y mi madre. Los ocho crecimos adoctrinados por la narración de sangrientos combates, los cuales nos eran descritos con todo lujo de detalles a fin de que se desarrollara en nosotros el espíritu guerrero que se espera de todos los hombres pertenecientes a la nobleza.

La grasa sigue goteando y produciendo un chasquido apetitoso al entrar en contacto con las brasas. El buen Fadrique, mi ayo, no me quita los ojos de encima, tan aleccionado lo tiene mi madre, una madre excesivamente protectora, que desearía cobijarme eternamente bajo sus alas de gallina clueca.

Soy el menor de los hijos del conde Raymond y la condesa Yolaine. Lo repito una vez más pues de tal circunstancia se han derivado los extraños acontecimientos que han conformado mi existencia.

Nací cuando ambos esposos creían agotada la fuente de sus retoños, tras nueve años estériles, cuando el último de mis siete hermanos ya manejaba con destreza la pequeña espada de madera que le servía para entrenarse para el combate que habría de afrontar en años venideros.

Me llamo Olivier, nombre de reminiscencia gala, ya que mi madre procede de la dulce Francia. Hija del noble Gontier de Belpitié, vino a Catalunya a contraer matrimonio con su primo lejano Raymond de Salvadrés, pues había quedado huérfana y era menester el amparo de un hombre que la tomara bajo su protección. Los jóvenes se habían conocido en su tierna infancia, pues además de ser parientes, habitaban en comarcas fronterizas, a uno y otro

lado de las estribaciones del Pirineo. Sin embargo, hacía ya diez años que no se veían. Ambos eran de hermosa presencia y se decía que cuando contaban tan solo unos cinco años se habían mirado con evidente agrado, sin pelearse, como suelen hacer los niños de esa edad a la menor ocasión en cuanto uno de ellos toma sin permiso un juguete del otro, o en cuanto uno recibe una golosina que juzga menos sabrosa que la que le han ofrecido a su compañero de juegos. En el caso del pequeño Raymond y la pequeña Yolaine, nada de esto ocurría, sino que, antes bien, reinaba la armonía en todo momento y a todos hacía reír la cortesía con que el niño trataba a su prima, imitando en sus actitudes los gestos que hacían los donceles que cortejaban a las damas. Era verdaderamente cosa notable el verlos pasear por el jardín, muy serios, como si fuesen prometidos, haciéndose reverencias de vez en cuando. En una ocasión, Raymond se inclinó y besó la pequeña mano de su prima, que le correspondió obsequiándolo con un pañuelito primorosamente bordado que llevaba prendido del vestido. El niño lo recibió, remedando la emoción de un enamorado, y lo llevó primero a su corazón y luego a sus labios, como había observado que hacían los galanes corteses.

La escena fue vista desde lejos por los padres de ambos con divertido agrado y también la presenciaron y comentaron otros deudos y cortesanos que la conservaron en la memoria como si el destino o quizás la Providencia divina quisieran que tal recuerdo determinara el futuro de los dos, pues cuando años después ella quedó huérfana y sola en el mundo, se reavivó en algunos ese recuerdo dormido y a todos pareció que la solución del matrimonio entre los dos sería en extremo acertada. Yolaine era ya una doncella de buen talle y gentil donosura, por tanto, su primo lejano, al que había llegado la fama y noticia de su galanura, se mostró muy dispuesto a llegar al

tálamo con ella. Por su parte, la huérfana comprendió que ese casamiento era bueno y conveniente para ella y, además, también recibió noticias de la apostura y bizarría de su pariente lejano. Así, tras breves capitulaciones matrimoniales, recibieron el sacramento que los unió con un lazo indisoluble.

Pronto comenzó a dar su fruto aquella relación y los hijos se sucedieron con el intervalo mínimo que la naturaleza impone. Fueron naciendo mi hermano Raymond, futuro señor de Nodestay, Ricard, Guillaume, Jaume, Robert, Enric y Roger.

Por lo que sé, el hecho de que todos ellos fueran varones llenaba de orgullo a mi padre, a quien sus guerreros llamaban con justa razón Raymond el Belicoso, pero, por el contrario, llenaba de tristeza a mi madre, la condesa Yolaine, de carácter pacífico y pusilánime, que suspiraba por sostener en sus brazos una hija en que hallar compañía y consuelo.

* * * * *

Es curioso como en el trance que experimento ante el pergamino extendido en la mesa del *scriptorium*, soy capaz de ver con toda claridad mis sentimientos de niño, con todos los estímulos y percepciones de que se derivan, y también todos los antecedentes familiares que me ofrecen por fin, al fin de mis días, la adecuada perspectiva que posibilita la comprensión de las motivaciones de unos y de otros, cuya influencia en la trayectoria de mi vida ha sido definitiva.

Con mis ojos omniscientes de anciano que vuelve a recrear su niñez, me contemplo a mí mismo en esos días de mi inocencia venturosa, lo veo todo, todo lo comprendo. Los hilos de los avatares de mi existencia, que antes se enredaban enmarañados y abstrusos, ahora se anudan en una red matemáticamente exacta y siento que, por fin, puedo encontrar la salida del laberinto que ha sido toda mi vida.

Vuelvo a ver en mi reminiscencia -casi milagrosa de tan nítida y viva- la sonrisa alegre de mi padre, una sonrisa que tiene algo de mueca feroz y amenazadora, los ojos vigilantes de mi madre, contaminados de angustia y zozobra permanente, pasando de uno a otro de los rostros amados de los hijos que aún le quedan vivos.

En el castillo de Mont Peguelet es día de celebración, la campaña militar ha dado los frutos apetecidos. Los nuestros, las huestes cristianas que manda mi padre, han vencido a los moros en la frontera del feudo y han regresado esta vez casi sin pérdida de vidas humanas, sólo han perecido tres peones, ningún caballero, y se ha logrado un mediano botín de armas y caballos.

Además, se celebra que la noche pasada han caído las primeras lluvias del otoño, que anuncian un invierno crudo, lo que significa que las incursiones moras en nuestros dominios cesarán por unos meses y que los nuestros también se mantendrán en una relativa quietud que, sin que se pueda llamar verdaderamente paz, al menos da un respiro a todos.

-Vamos, Olivier -me dice mi hermano Roger-, apresúrate, ya han llegado los juglares.

Roger tiene diecisiete años, nueve más que yo. Es un hermoso doncel que ya ha hecho sus primeras armas y ha recibido el bautismo de sangre en un rasguño que le cruza aparatosamente una mejilla y que él ostenta orgullosamente a fin de merecer la benevolencia de cierta damita del castillo, que a sus 14 años enrojece como una cereza cada vez que se cruza con él, detalle que ya indica una buena predisposición hacia la persona de mi hermano.

Alegremente ambos nos acercamos al círculo de curiosos que ya rodea a los dos recién llegados que apenas acaban de cruzar el puente levadizo. Son dos bardos ambulantes, de esos que procuran entretenimiento por los lugares y además traen noticias de todo tipo, incluso acerca de los progresos

que los cristianos hacen en su lucha por recuperar tierras ocupadas por la morisma.

Los juglares son de parecida estatura, complexión y edad, los diferencia que uno tiene los cabellos ondulados y oscuros y el otro lacios y rubios como el trigo al sol. Ya no son mozuelos, pero son aún mancebos y acarrear sobre sus espaldas hatos que contienen pelotas de trapo para malabares, paños coloreados que les han de servir a la hora de armar un decorado, y mil cachivaches más, que van depositando a un lado ante la expectación de todo el público. Terciados ante el pecho, llevan ambos sus instrumentos musicales, un rabel y una zanfoña.

Los dos artistas ambulantes vienen polvorientos del camino y un tanto cansados, pero la gente del castillo no tiene espera y es menester ofrecerle un anticipo de su arte antes de deleitarla con la verdadera actuación, que tendrá lugar después del banquete que se está preparando. El festín se anuncia ya por los apetitosos olores -heraldos olfativos- que llegan desde los fuegos en que se afanan los cocineros y desde las mesas en que las mujeres riendo y cantando preparan los dulces.

Los acordes del rabel y la dulzaina preludian el comienzo del canto y el juglar moreno nos sorprende con su hermosísima voz.

No es lerdo el juglar; ha debido informarse previamente de los gustos de los señores del castillo antes de ofrecer su espectáculo y acierta a halagar la belicosidad de mi padre y la dulzura de mi madre adoptando el refinamiento francés que tanto echa de menos ella, pero eso lo hará después, ahora no, porque sabe muy bien que en un castillo que se ve asediado con frecuencia y por cuyo puente levadizo salen a menudo los caballeros y los peones en son

de guerra, lo primero es complacer el espíritu del señor feudal y sus hombres, por tanto comienza su actuación, (que no es más que una primicia de la que ha de venir realmente, cuando se haya engalanado para la ocasión) con un canto épico que llena de entusiasmo a la audiencia.

Para acompañar su bien timbrada voz, el otro juglar ha dejado la dulzaina y toca la zanfoña o zanfonia, ese instrumento de cuerda que algunos llaman también *organistrum* y otros viella de rueda. El juglar rubio es muy buen músico y da vueltas con el manubrio de la viola al cilindro de púas que rozando las cuerdas producen la armonía necesaria.

Cuando el juglar moreno termina, hace una profunda reverencia y deja su lugar de cantor a su compañero, a la vez que toma su rabel y se dispone a acompañarlo en la actuación que ofrece a continuación.

Para asombro de la concurrencia, además del rabel, saca, del atadizo que ha traído a la espalda con la dulzaina, un salterio.

El salterio gusta mucho a la chiquillería del castillo, entre la que yo me encuentro; la caja prismática de madera, abierta en la parte superior, muestra las hileras de cuerdas metálicas que han de ser golpeadas suavemente con un macillo o tocadas con las uñas.

Me acerco tanto al hermoso salterio que el juglar moreno, que ha advertido sagazmente que soy uno de los hijos del señor, me invita a tocar un poco, cosa que intento con nulo éxito. El sonido destemplado que logro arrancar de las quejosas cuerdas es el mejor ejemplo de que la facilidad con que los artistas parecen hacerlo todo es mera apariencia y que su arte está muy lejos del alcance del común de los mortales.

El juglar ríe abiertamente y muestra una dentadura sana y completa que causa admiración en la concurrencia, pues abundan los desdentados y los que padecen con las enfermedades de las encías, conservando pocas piezas dentales, ennegrecidas y cariadas.

Las damas suspiran. Ahora que, misteriosamente, todo lo veo, todo lo oigo, todo lo sé y todo lo comprendo, me explico la razón de tales suspiros, pues unos hermosos dientes y una boca sana y fragante llenan de atractivo a cualquier varón.

El juglar moreno deja en el suelo, con delicadeza, el salterio, tiende a su compañero la dulzaina y, por su parte, toma el rabel y se dispone a tocar con el arco las tres cuerdas del pequeño laúd. El agudo sonido sirve de prólogo al canto del juglar rubio como el trigo en sazón y lo arropa luego con delicados arpegios. El cantor nos sorprende con un *lai* en provenzal. Los sentimentales versos se desgranán en los labios bermejos del juglar de blondos cabellos y narran una historia amorosa que consigue llenar de lágrimas los ojos de todas las doncellas y las dueñas presentes.

*J'ay fair l'obsequ de ma dame
dedens le moustier amoureux,
et le service por son ame
a chanté Penser doloieux.¹*



¹ (He hecho las exequias de mi dama -en la iglesia del amor- y el servicio por su alma- ha cantado pensamientos dolorosos).

3 - *La condesa*

Miro a mi madre y veo que sus ojos están arrasados de llanto y que la emoción eleva su altivo pecho en suspiros casi dolorosos. Incluso llega a gemir levemente al espirar el aire aspirado, pues sin duda se siente muy conmovida. Se acerca al bello juglar que ha tomado la dulzaina entre sus dedos con la sensualidad del que toma la mano de su amor. Ella le habla y yo oigo “ahora” sus palabras y percibo en ellas la nostalgia por su amada tierra de Francia que ha provocado su emotiva reacción.

-Soy la condesa Yolaine. Dime juglar ¿cuál es tu patria?

El juglar se inclina cortésmente y responde:

-Señora, nacido soy en la dulce región de La Provenza, cuna y altar del amor cortés que ensalza la divinidad de damas como vos.

-También yo vi la primera luz en aquellas tierras.

-¿Sois, pues, de Francia, mi señora? -se asombra el juglar.

-Así es. Vine a tierras de Girona a casar con el conde Raymond de Salvadrés. Hace tanto tiempo que ya La Provenza es para mí solamente un lejano y querido recuerdo que se desvanece cada día un poco más. Y desde Girona, doce años ha que llegamos a este castillo del reino de Valencia, desde el que mi esposo defiende su feudo.

-Girona es bella, mi señora, tanto como las tierras del Sur de Francia.

La voz de mi madre se hace soñadora.

-Oh, cierto es, juglar, cierto es.

Mi madre queda en silencio. No estima oportuno hacer partícipe al juglar de sus evocaciones sobre aquellos días de su doncellez ilusionada.

Pero a ella acuden las deliciosas imágenes de su pasado y las paladea como paladearía un poco de vino endulzado con miel.

Se ve de nuevo a sí misma recorriendo el camino con su séquito hasta Sant Joan de les Abadesses -que aún se parece tanto a La Provenza- donde había de hospedarse hasta el día de la boda, que se celebraría tres días más tarde en Ripoll. Allí la aguardaba su pariente y prometido al que no veía desde casi once años atrás. Él había preferido ese monasterio fundado por Wifredo el Velloso, que está enterrado allí, para pronunciar los votos matrimoniales y a ella le había parecido bien.

Una de las damas que la acompañan es catalana. Se trata de doña Núria, que ha recibido a los viajeros -novia y acompañantes- nada más traspasar éstos los Pirineos, por uno de los pasos fronterizos. Doña Núria es dama de respeto, señora de las tierras norteñas, rodeadas de altos picos montañosos y regada por los ríos Ter y Riutort. La dama es dueña de predios en Camprodon y en Setcases y está emparentada, aunque con parentesco lejano, con el novio, que le ha pedido que acuda al encuentro de la comitiva de su prometida, en representación de la familia, ya que él tampoco tiene ya padre ni madre que tal cometido de bienvenida puedan desempeñar.

La dama acepta y recibe a los viajeros cordialmente. Apenas habla palabra de francés, sino que su lengua es la de la Vieja Cataluña, pero entre lo poco que sabe ella y lo que recuerda la novia de sus tiempos de niñez, cuando jugaba con su primo (el que ahora la espera para desposarla y que no recuerda más que como el niño que fue) las dos logran comunicarse, siquiera precariamente.

Doña Núria quiere agradar y distraer a la joven, porque la encuentra lógicamente preocupada y nerviosa. Y no se le ocurre otra cosa sino contarle una

vieja historia sobre el Monasterio de Sant Joan de les Abadesses, acaecida muchos años atrás.

-Dicen, mi señora, que el conde Arnau era entonces el señor feudal de estas tierras. Cruel con sus vasallos, disfrutaba sometiéndolos a un trato brutal, en especial a las doncellas que violentaba sin compasión, valiéndose de su supuesto derecho como conde. Y dicen, señora, que se atrevió a entrar por sorpresa a este santo monasterio una noche, a través de unos túneles, y raptó a la abadesa, para satisfacer su lujuria.

Yolaine se sobrecoge de espanto. Es doncella de natural pusilánime y además ya viene muy alterada, con susto en el alma. Teme la brutalidad más que nada en este mundo y no sabe cómo será el carácter de su conde Raymond. Después del cuento de doña Núria, da en cavilar sobre si el hombre que pronto se convertirá en su marido se parecerá al del conde Arnau de esta historia.

-Cuando don Arnau murió, fue condenado a vagar por estos contornos, envuelto en llamas, montado en un corcel de fuego y flanqueado por infernales perros. Muchos lugareños dicen haberlo visto aparecer vagando por las montañas en las noches de tormenta.

La joven novia no puede disimular el efecto que la narración le ha causado, y su aya doña Loise se apresura a apaciguarla, pues conoce lo impresionable que es. La abraza con afecto y le susurra palabras tranquilizadoras, medio en francés, medio en la lengua del país que pisan por primera vez, porque sabe que tanto la dama como ella misma, deben acostumbrarse a esa lengua que es la que habla el novio y porque llegan a esta nueva tierra del sur de los Montes Pirineos, para quedarse el resto de sus vidas.

-Pero tu conde, ma petite, ne sera pas ainsi, sino que como accompli cavalier, será tu paladín y tu siervo d'amour. Te fera très hereuse.²

² (Pero tu conde, pequeña mía, no será así, sino que como un cumplido caballero será tu paladín y tu siervo de amor. Te hará muy feliz).

Yolaine sonríe, porque doña Loise siempre dice la verdad y nunca la engaña. Se deja acunar por los brazos de su dama, y encuentra en este abrazo el ánimo que ha estado a punto de faltarle hace bien poco.

La dama se separa de su petite Yolaine en cuanto la nota calmada. Y va a reconvenir a doña Núria con ásperas palabras para que no vuelva a contarle cosas de miedo a su damita. Y está tan indignada que la llama incluso cabeza loca.

- Ne reviennes pas   lui raconter ces choses   la dame, t t  folle!³

Pero le ha hablado en francés y doña Núria no entiende nada. Así es que se encoge de hombros con una sonrisa.

* * * * *

La condesa se siente transportada en alas de la nostalgia sentimental del recuerdo al día de su boda. El juglar rubio conoce bien el poder del recuerdo, cuando la memoria lo trae de la mano de una canción que acaricia una fibra secreta del alma. Por eso se aparta discretamente y deja sola a mi madre, que ya no se da cuenta de nada de lo que pasa a su alrededor, inmersa en su mundo interior, y abstraída en sus evocaciones torna a vivir acontecimientos del pasado.

Pero yo «ahora» leo los pensamientos de añoranza de mi madre igual que si ella los hubiese escrito en un pergamino y me los hubiese entregado para que yo los leyera en mi ancianidad.

Al calor de este nuevo poder milagroso de la omnisciencia, que me ha sido concedido, puedo contemplar la escena de las bodas de mis progenitores como si yo las hubiese presenciado.

* * * * *

³ ( No vengas a contarle esas cosas a la señora, cabeza loca!)

Todos cuantos la han visto alguna vez dicen que Yolaine de Provenza es la más bella doncella que pueda imaginar fantasía humana. Su cabello de oro está trenzado con perlas menudas como gotas de rocío, sus ojos de color de cielo de primavera exaltada lucen como estrellas y sus labios bermejos como rosas de terciopelo y fuego se entreabren dejando adivinar entre ellos unas perlas aún más hermosas que las que adornan sus trenzas. Su nariz es larga y recta, como corresponde a dama de noble estirpe y su cuello, altivo como el de una garza real. Su talle es esbelto en extremo, sus caderas poseen la seductora curvatura de un fruto perfecto y sus andares mesurados son de exquisita elegancia. Todo en ella es armonioso y deliciosamente prometedor.

Viste saya verde que es el color del amor nuevo con adornos en azul, que es el color de la fidelidad, según el significado que les otorga el **blasón de los colores** que sirve de código a los pulidos cortesanos, que siguen las leyes del Fino Amor.

Al llegar al monasterio de Santa María de Ripoll la novia queda extasiada ante la portada en forma de arco de triunfo y ante su decoración abigarrada. Hay multitud de figuras que representan a los personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Cristo en Majestad lo preside todo, pero están también los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, una multitud de ángeles músicos y de animales fantásticos, junto con imágenes que representan los doce meses del año e infinidad de detalles vegetales.

Una mano cariñosa la empuja delicadamente por la espalda para que siga adelante. Es su fiel doña Loise. Y Yolaine obedece y camina hacia su prometido.

En la puerta de la iglesia, que da al claustro, la espera el joven conde Raymond, con impaciencia, aunque gozando de la visión de tal hermosura que se aproxima lentamente a él rodeando el ancho pasaje porticado de arcos sostenidos por dobles columnas.

El conde Raymond de Salvadrés va vestido de terciopelo negro, pero lleva ceñida a la cintura su espada de empuñadura plateada y en las botas lleva brillantes espuelas que tintinean cuando camina.

Es apuesto el conde, según el modelo varonil catalán, alto y ancho, de hombros poderosos, capaces de sostener sobre ellos un castillo formado por hombres. Se cuenta de él que efectivamente tal cosa hizo cuando mandó a cuatro aguerridos capitanes que fuesen trepando sobre sus hombros y formando una especie de torre de asalto, con el más fuerte -él precisamente- en la base y los otros, según su peso, en disminución hasta llegar al cuarto, un delgado y valiente alférez que se introdujo en la fortaleza enemiga y abrió brecha por una poterna condenada que logró abrir desde dentro.

Esta hazaña es cantada ya por los juglares de las zonas aledañas cuando la joven Yolaine llega a tierras de Catalunya. Ella la ha oído con estremecida ansiedad durante su camino a Sant Joan de les Abadesses y se ha preguntado repetidamente qué clase de hombre la espera junto al altar, puesto que resulta evidente que ha dejado de ser el niño que ella recuerda, y a qué clase de tálamo la conducirá -de mieles o de espinas- cuando ya sea suya ante Dios y ante los hombres.

A la bella Yolaine le late el corazón con tal fuerza que le duelen los tímpanos ensordecidos y casi no puede respirar. Pasa junto a un arco, y puede entrever la figura severa e imponente del guerrero que la aguarda en pie junto a la puerta, abierta de par en par, de la iglesia. Luego las dobles columnas velan la imagen, sin embargo, basta avanzar otro paso para volver a verlo a través de otra arcada.

Es un desconocido, puesto que no la ha visto desde su tierna infancia y no puede, claro está, reconocerlo en el apuesto caballero que aguarda en pie a que llegue. Ella siente que le flaquean las piernas.

Ya ha comenzado la estación primaveral, aunque

el aire es todavía sutilmente frío. El sol luce y los pájaros cantan alegremente, ajenos al temblor de las rodillas de la virginal novia que no sabe si va a tener fuerza para continuar caminando hacia su esposo, cuyos ojos -que ya alcanza a ver- la intimidad por la fijeza con que la miran.

Yolaine baja la mirada, pero no su cabeza altiva. Una dama noble debe mostrar siempre un porte digno y sereno. Sin embargo, entorna los párpados abatiendo sus rizadas pestañas, aunque a través de ellas, como a través de celosías, aún puede distinguir, entreverado con las sombras que producen, el rostro y la figura del hombre al que va a unir su vida. Y no sabe si es temor o es otra cosa lo que siente.

Doña Loise, el aya que la ha acompañado desde Francia, inclina la cabeza con asentimiento y aprobación, al comprobar que su Yolaine mantiene su compostura y su dignidad orgullosa de dama noble. Ella se ufana de la preparación cortesana que le ha dado y de la docilidad con que la doncella ha seguido sus consignas.

El aya observa a la novia y lee en sus ojos la conmoción que experimenta, a pesar de su aparente serenidad, pues la conoce muy bien. Después mira al novio y lo analiza con interés. Quiere saber qué clase de hombre será en adelante el dueño y señor de la pequeña Yolaine, que ahora avanza mesuradamente hacia Raymond de Salvadrés. Ha de reconocer que es un varón de buenas prendas físicas. Su rostro no carece de belleza varonil. En la firmeza de su mandíbula se adivina en él un temperamento arrogante. Pero le agrada de inmediato, porque también advierte en él la sinceridad y la nobleza. Será un buen esposo para su petite Yolaine. Doña Loise está segura de ello.



4 -*El Conde Raymond*

Según se va aproximando a él, aumenta su rubor -y sin pretenderlo ella- su belleza, pues sus mejillas adquieren el color de rosas tempranas. Yolaine siente que se intensifica su temblor, ya que alcanza a ver con cierta claridad los rasgos del joven conde, y comprueba que concuerdan en todo con los que se asegura que corresponden a los varones de gran sensualidad. Ella conservaba borrosamente en su memoria las mejillas suaves e imberbes de un infante de cabellos oscuros. Pero en la actualidad Raymond de Salvadrés tiene el cabello y las cejas muy pobladas y negras como el carbón igual que la barba cerrada que oculta sus mejillas. Sus labios son gruesos y bermejos, su nariz larga y rotunda y sus ojos vivos y oscuros como una noche de amor.

El conde Raymond sonríe un poco, sólo un poco, pero con esa sonrisa consigue que su rostro pierda un poco de su imponente severidad y la joven novia encuentra, alentada por el gesto, la energía suficiente como para culminar el paseo nupcial hasta encontrarse con su primo.

Yolaine se detiene frente a él. Entonces, el apuesto conde se inclina cortésmente ante ella y le ofrece su mano izquierda, que ella acepta, para conducirla hasta el altar. En pie ante el ara aguarda ya el abad mitrado. En el coro se halla toda la comunidad de monjes de Ripoll que van a arropar con sus cánticos litúrgicos la solemne ceremonia. Todo resulta impresionante y causa honda emoción en la noble doncella que va a ser desposada. El novio está igualmente emocionado,

pero es hombre, y por eso se esfuerza cuanto puede en disimular sus sentimientos. Y a fe que lo consigue, pues con su prestancia y su porte un tanto arrogante da la impresión de ser inmovible.

La futura condesa no ha podido apoyar la mano en el brazo de su padre porque éste ha muerto recientemente, como murió, hace ya bastante tiempo, su madre. La joven ha quedado sola en el mundo, sin ningún pariente varón que pueda protegerla, precisamente esa es la razón de que haya venido hasta las tierras de Girona, en la vecina Catalunya. Aquí tiene un primo lejano al que casi no recordaba ya. El obispo de su diócesis provenzal ha tratado matrimonio para ambos con el abad de Ripoll, ya que es de la orden de Cluny, y está muy vinculado con sus raíces francesas. Raymond de Salvadrés ha aceptado complacido. Necesita una esposa y prefiere que sea noble y hasta emparentada con su casa. Recuerda difusamente sus juegos infantiles con una prima cuyo rostro no consigue traer a la memoria. Pero sabe que es Yolaine y eso le basta. Además, sin duda, el que le proponen es un enlace muy ventajoso, ya que a sus manos pasará toda la herencia del fallecido señor de Aix, que es cuantiosa. Lo que no espera el conde Raymond es que a todo esto se sume que la novia -la pequeña prima francesa-, que aceptó y que ahora viene caminando hacia él, se haya transformado en la criatura más hermosa que hubiese podido soñar ni aún en sus más locas fantasías. Por eso sonrío, como alelado por la sorpresa, aunque mantiene tal prestancia y aparente serenidad, que todos se admiran de su porte y galanura, en especial la novia, que había esperado encontrarse con un salvaje sucio y desarrapado, según las últimas noticias recibidas, pues en Provenza se dice que así son todos los varones españoles debido a que no piensan más que en luchar con los moros que han ocupado sus tierras. Por eso -dicen- han perdido los modales y la limpieza.

Durante todo el viaje ha podido notar como era compadecida por su reducido séquito y ella misma -que desconoce su lugar de destino y las tierras de Catalunya- ha esperado hallar un poblado de cabañas con una especie de semisalvajes bravíos y agrestes. Y muy al contrario encuentra majestuosos monasterios de armoniosa arquitectura, pueblos encantadores, castillos que son fortalezas y a la par palacios en los que está presente lo artístico junto a lo guerrero, encuentra gentes nobles y dignas que le ofrecen una hospitalidad que no es mera cortesía, ni siquiera caridad -por muy excelsa que sea tal virtud-, sino simpatía espontánea, acogimiento sincero y, ahora además, encuentra al hombre inesperado, pues tan perfecto le parece que no creyera su existencia posible en la realidad de no estar contemplándolo en carne y hueso, plantado en la puerta del recinto sagrado, la mano extendida en cortesana invitación, y la sonrisa seductora como un relámpago que brilla entre las oscuras nubes de su poblado bigote y su barba.

¡Qué buen mozo se le antoja el joven conde, su primo, que pronto será su consorte! Es fuerte y viril, pero a la par caballeresco como un paladín de leyenda y hermoso sobre toda ponderación.

Tras los pasos de Yolaine, la bella de Provenza, camina un joven caballero galo, que ha venido escoltándola desde su tierra.



5 - *Martial de Lincy*

Martial de Lincy va vestido de azul profundo, pues según “*Le blason des couleurs*”, que impera en Francia, el azul es el color de la fidelidad y la suya es tan perenne y probada como simboliza el vivo tono que ha escogido para su atavío de gala.

Martial ha soñado -despierto, que es la forma de desear intensamente algo- que la angelical Yolaine camina hacia él, con un vestido “*vert*”, color de un amor nuevo.

-«*Belle, dire ne vous ose* -piensa-. *Si l'apercevez tout sanz dire* (bella, no me atrevo a deciros. Sabéis notarlo todo sin que yo hable)».

De Lincy ha vivido toda su vida pendiente del menor gesto de su amada inalcanzable. Ha hecho de su adoración por ella un auténtico culto, una “*religio amoris*”, una religión de amor en que ella lo es todo. Incluso el aire que respira le falta a Martial si no ve un día al objeto de su pasión.

Siempre está dispuesto no sólo a servirla, sino también a sacrificar su vida por ella, si fuese necesario. Se conforma con amarla de lejos y no se atreve a verla como una amada enemiga, porque jamás osaría revelarle el amor que le inspira y, por lo tanto, ella no tiene motivos para sentir repulsa por él, ni jamás lo ha tratado con crueldad. La linda Yolaine se limita a ignorarlo como un caminante ignora a su propia sombra. Y Martial se limita a ser esa sombra que no se hace notar pero que no se aparta del cuerpo del que procede, sin el cual no existiría. Así siente el caballero que es él, apenas una sombra que ni

siquiera se ve en la noche, cuando la luz del sol no ilumina.

Martial ama a Yolaine desde que eran niños. Cuando ella jugaba con su primo catalán, Raymond. De Lincy se moría de ganas de ser él quien hiciera de doncel rendido ante la diminuta dama. Pero no es hijo de un conde, él tan sólo es hijo del caballero Giles de Lincy, un segundón con alcurnia pero sin título nobiliario ni gran patrimonio. Sabe que Yolaine está demasiado lejos de él, aunque la tenga a su lado.

Piensa que la dama ha crecido hasta hacerse una “dona”, pero su belleza ha crecido aún más, superando a la de cualquier otra doncella casadera.

Mientras viajan al encuentro de su prometido, Martial la escolta con su lealtad intacta y su corazón destrozado por la tristeza. Y cuando llega el día de la boda y la contempla engalanada con su vestido nupcial, piensa -más enamorado que nunca- que jamás ha existido ni existirá en el mundo una novia tan soberanamente hermosa.

Pero Yolaine no ha advertido jamás el desesperado anhelo de Martial que vive prisionero de su *chastel d'amours*, pobre *chevalier* doliente, su corazón tomado *par assant* (por asalto), invadido por *tristesse et merencolie*, pues sabe que su sueño es imposible.

El juglar rubio ha vuelto a entonar una canción de amor.

*-O miserable et très dolente vie!...
Rien fers mourir je ne vueil⁴*

Yo, el viejo y doliente Olivier, por mis pecados contrito y pesaroso, podría considerar como mías cada una de las palabras de esos versos. Quizás lo

⁴ (Oh, miserable y muy doliente vida/ lo único que deseo es morir)

mismo pudo decir en su día el enamorado Martial de Lincy cuando, siguiendo los pasos del objeto de su pasión, la vio alejarse definitivamente para ser tomada en matrimonio por el que la aguardaba, con los brazos cruzados, desde el otro extremo del patio de armas.

Yolaine, la novia, detiene sus pasos y, tras ella, también los detiene el joven caballero de su séquito y, al igual que sus pasos, se detiene su corazón por un instante en que él cree que va a morir de insoportable dolor y de amor desesperado.



6 - *La Condesa Triste*

Han pasado 28 años desde ese día. La condesa ha sufrido mucho durante todo ese tiempo. Ocho embarazos y ocho partos, todos ellos han dado como frutos varones, ninguna hija que la consuele y la acompañe en las largas tardes de verano en que se sienta a bordar junto al ventanal ancho que se abre sobre el jardín recoleto de uno de los patios interiores del castillo.

Pero lo más terrible es que la condesa ha visto muerto en sus brazos a cuatro de sus hijos. La guerra es terrible en tierras de Valencia, donde ahora habitan. Siempre han de mantenerse en estado de alerta, pues son constantes las incursiones de los moros que no se resignan a dejar de poseer ese territorio por completo.

Sin embargo, hoy es día de fiesta. Han venido dos juglares y uno de ellos es francés y recuerda a Yolaine aquellos días de su juventud, cuando, aun habiendo padecido la muerte de sus padres, no podía sospechar lo que es el desgarramiento de la muerte de un hijo y, menos todavía, el dolor de ver los cuerpos ensangrentados de cuatro de ellos.

Hoy el conde puede ver a Yolaine casi tan jovial y hermosa como aquella mañana de primavera de su enlace. Y siente dentro de su corazón el orgullo de saberla su esposa, y la alegría de estar enamorado de ella y de sentir que ella también lo ama a él, porque su amor, un tanto marchito por los pesares de la vida, ha revivido como las flores en primavera merced al arte dulce de los juglares y sus *cançons*. Por eso no la

interrumpe cuando la oye hablar en francés provenzal con el doncel rubio de la juglaría.

Años hacía que no veía florecer la sonrisa en esos labios amados, de los que jamás ha salido un reproche para él. No obstante, él sabe muy bien que ella lo culpa por haber conducido a la guerra a sus hijos, a los que ella ha parido con dolores de agonía, después de sentir la gravidez onerosa y las angustias propias del estado de gestación.

El conde Raymond mira a su esposa y piensa en ella, quisiera comprenderla y que ella lo comprendiera a él, pero sabe que eso es muy difícil, casi imposible. Porque Yolaine, desde que tuvo a su primer hijo, fue ya para siempre más madre que esposa, y sin dejar de amarlo, dio más amor a sus hijos.

«Quizás sea que la naturaleza femenina no alcanza a comprender que un varón nacido de noble cuna en cualquiera de los reinos de España no tiene otra opción que la guerra contra el moro en este siglo agitado. Así viene siendo desde tiempo inmemorial, pues más de cuatrocientos años lleva usurpada la tierra cristiana en la Península y únicamente el denuedo de los nobles, conduciendo a sus mesnadas, ha conseguido recuperar para la cruz de Cristo algunos territorios como este bastión en tierras valencianas arrancado por Ruy Díaz de Vivar a la gente africana.

«Junto al Cid Campeador, Martín Antolinez, Pero Bermúdez y Alvar Fáñez Minaya luchó ya mi abuelo Bernat, que no mostró menor valor que ellos en la batalla y acrecentó así sus predios con la parte que le correspondió de las tierras reconquistadas. Este castillo de Mont Peguelet es la mejor prenda que dejó mi padre en herencia acá, en estas fronteras con el infiel que domina Murcia. El rey Lobo es temible y planta cara a los cristianos con frecuentes incursiones.

«¿Qué quiere Yolaine, mi amada esposa? ¿Acaso piensa que mis hijos y yo hemos de huir, cediendo

nuestros dominios al murciano y dejar desprotegidas a las gentes de estos contornos?

«No y mil veces no, y aún más veces he de negarme a tamaña cobardía, pues la cobardía es el mayor baldón en un noble.

«Mis hijos serán para la guerra, como lo soy yo mismo. Ya las campañas han devorado la vida de cuatro de ellos, tal vez los menos diestros en las armas por jóvenes e inexpertos. Pero así es como el designio de Dios lo ha dispuesto. Han vuelto al Creador, cuyo reino han defendido aquí en la tierra. Y el Padre Eterno los acogerá en su reino del cielo. Estoy seguro.

«No significa esto que no los llore y los recuerde todos los días, pero eso no ha de apartarme de mi voto de caballero ni ha de apartar a los hijos que me quedan del mismo voto, pues también ellos lo pronunciaron ante el altar y recibieron el espaldarazo, ciñeron espada y calzaron espuelas.

«Pero ella no lo acepta. Lo sé bien, lo supe ya desde el principio. Y esa fue la mayor de mis preocupaciones desde entonces. Yo la amé desde que mis ojos la vieron el mismo día de nuestra boda. Lo que creí un enlace conveniente y nada más, fue un auténtico nudo de amor que apretó mi corazón alrededor del suyo. Siempre deseé protegerla, jamás exponerla a peligros o dolores. Pero el destino había dispuesto otra cosa: sufrimiento para ella y sufrimiento también para mí. Cuando bajábamos a estas belicosas tierras de Valencia, desde la dulce Girona, Yolaine venía llorando. Me confesó que su corazón le decía cosas tristes. Yo intenté consolarla, pero mis esfuerzos fueron vanos e infructuosos. En aquellos momentos no me abandoné a la desesperanza, pues estaba convencido de que antes o después acataría la vida de las mujeres cristianas de estas tierras, que aguardan el regreso de sus esposos, rezando con fervor por ellos. Cuentan de doña Jimena, la mujer de Ruy Díaz de Vivar, que se dolía amargamente de no ver a su marido más que

rendido de batallar y tinto en sangre, que daba pavor mirarlo, y dicen que se quejaba al rey Alfonso VI, su tío, de que no bien Rodrigo reposaba la cabeza en la almohada se dormía. Pero todo lo soportaba a fuer de dama castellana, templada en el rigor de las luchas de reconquista.

Creía yo que mi mujer sería otra doña Jimena. Olvidaba yo que Yolaine se había educado en otras costumbres mucho menos severas, que desconocía la guerra y no estaba preparada para la larga y constante espera.

Yolaine se encontraba en aquel entonces en el cuarto mes de gestación del tercero de nuestros hijos. Aquí han nacido seis de ellos. Ya han muerto cuatro. La guerra es cruel. Todo guerrero lo sabe y lo asume. Pero una madre no. Ella libra otra clase de batalla.»

Así se revuelven los pensamientos en la mente del conde, mas ningún sentimiento de culpa anida en ellos. Él es un buen cristiano, hace lo que tiene que hacer.

Únicamente lamenta tener que afrontar su deber sin ser comprendido por su esposa, que le dirige miradas de reproche que lo hieren en el alma.

Todo lo ha de comportar por defender la cruz de Cristo. Pero sufre mucho. Y se siente solo, muy solo. Algunas veces, cuando viene roto de pelear y ella lo recibe en el lecho con la seca frialdad de un témpano de hielo, cree morir de pesar.

